

El bebedor de cerveza

Antonio Rojas Gómez

Todas las tardes, poco después de las seis, Ugarte entraba al bar, se dirigía al mostrador, alzaba el índice y se acomodaba en el taburete redondo, como de pianista, mientras Juan Pacheco le servía la primera cerveza, la espuma equilibrándose sobre el borde del vaso. Ugarte lo llevaba a sus labios y echaba un largo trago. Solo entonces saludaba:

- ¿Cómo va todo, Juanito?

-Bien, señor Ugarte. ¿Y usted?

-Sobreviviendo.

Y bebía otro sorbo, largo y lento, con el que empezaba a emborracharse cuidadosamente. Permanecía en el asiento redondo, apoyados los codos en la barra, tres horas poco más o menos, consumiendo cerveza tras cerveza: seis, siete y a veces ocho. A medida que bebía, los ojos se le iban achicando hasta quedar convertidos en una línea cuando se retiraba, pasadas las nueve, con una despedida invariable:

-Hasta mañana, Juanito.

Su voz era la misma de la llegada y sus pasos, también. Nada en él reflejaba embriaguez, como no fuesen los ojos, una línea de opaca luminosidad en el rostro inexpresivo.

A mitad de la tercera cerveza iba por primera vez al excusado, donde se demoraba. Debía de orinar con largueza para aliviar la vejiga y abrir espacio al resto del consumo. Repetía la expedición al retrete una o dos veces.

Nunca se servía un plato de comida ni empapaba en pan el alcohol. Eso le llamó la atención al tabernero Juan Pacheco. Generalmente los clientes bebían un par de schops, hasta tres, y los acompañaban de *hot dogs* para neutralizarlos. Las preferencias eran disímiles: algunos pedían las vienas con chucrut y mayonesa; otros, con tomate, y los más, con palta. Había que ser muy bocón para atreverse con los completos de la casa. Ciertos bebedores elegían carne, de cerdo o de vacuno, y comían emparedados calientes cuya contundencia equivalía a un buen plato, pero estos eran sobre todo los que no bebían cerveza, sino vino, y no se instalaban en el mostrador que atendía Pacheco; preferían las mesas diseminadas en el local y jugaban bulliciosas partidas de dados o dominó.

Pacheco, desde su lugar junto a la máquina de cerveza, tenía un campo de visión casi tan bueno como el del propietario, parapetado en la caja que le permitía recibir los pagos y vigilar el negocio. De manera que Pacheco conocía a los parroquianos, distinguía a los habituales de los ocasionales, sabía quiénes iban los lunes, los martes o los viernes y en cuanto los veía entrar adivinaba lo que cada cual consumiría.

Ninguno, sin embargo, resultaba tan previsible ni tan extraño como Ugarte. Ninguno era capaz de ingerir tal cantidad de cerveza y de comer tan poco. Su único alimento, de vez en cuando, consistía en queso, que Juan Pacheco le presentaba en un plato, cortado en tiras largas, junto a un tenedor que Ugarte no usaba. Sostenía la tira de queso entre el pulgar y el índice, la contemplaba un momento y la mordía lentamente. Prefería los quesos duros, de sabor fuerte, ojalá de cabra. En cierta ocasión Pacheco le sirvió un Camembert, cremoso y caro, que a Ugarte no le gustó, aun cuando terminó por comérselo.

Casi de nadie Juan Pacheco sabía tan poco como de Ugarte, porque Ugarte nunca hablaba de sí mismo, jamás entregaba una pista que permitiera asomarse a su intimidad.

No es que fuese silencioso ni retraído. No rehuía la conversación de ocasionales vecinos en la barra y hablaba a menudo con Pacheco mientras le servía a él mismo y a los demás. Pero sus palabras resultaban siempre anodinas, jamás comprometidas, y parecía colocar una barrera entre él y el mundo. Era de los que dicen “hace calor” en lugar de “tengo calor”.

Ni siquiera había querido decir su nombre de pila. Cuando, después de varias semanas de frecuentar el bar, Pacheco le preguntó cómo podía llamarlo, respondió “Ugarte”.

-Pero el nombre, señor Ugarte -insistió el tabernero.

-Simplemente Ugarte -dijo.

Y no fue posible hablar más del asunto, aun cuando lo sugirió al dar la información que le concernía: “Yo me llamo Juan Pacheco”.

-Juanito -dijo Ugarte por todo comentario-. Sírvame otra, Juanito.

Y lo alejó de su lado.

“Es raro”, se decía Pacheco. “Algo debe ocultar”. Pero no vislumbraba qué.

Las visitas de Ugarte al bar se repetían invariables de lunes a sábado. Nunca acudió en domingo. A las seis, Pacheco comenzaba a esperarlo. Ponía el vaso junto a la máquina de cerveza, limpiaba una y otra vez el mostrador y

no despegaba los ojos de la puerta hasta que surgía la figura de Ugarte. Entonces abría la llave de la máquina y la cerveza cantaba contra el vidrio del vaso. Cuando Ugarte, el índice en alto, se sentaba, tenía lista la cerveza y no necesitaba esperar por el primer trago.

Podía pasarse las tres horas bebiendo en silencio, sin que su vista pareciera enfocar nada en especial, vagando de aquí para allá, de las botellas que se alineaban en la estantería, frente a él, al largo espejo que permitía apreciar el movimiento de las mesas, a su espalda, sin necesidad de volverse. Solía ensimismarse en el grueso madero del mostrador y debía de conocer de memoria sus imperfecciones, sus picaduras y depresiones, los nudos que surgían igual a lunares en la piel vetada del pino, maquillada de barniz y grasa. Pero lo usual era que hablara, con voz suave y tranquila, de barítono, lenta en la modulación de las palabras.

“¿Quién será?”, se preguntaba Juan Pacheco. “¿Qué hará? ¿Cómo se desenvolverá su vida?”.

Porque evidentemente Ugarte tenía una vida más allá de los límites del bar, antes de las seis de la tarde y después de las nueve de la noche. ¿De dónde llegaba y adónde iba? Pacheco no se atrevía a interrogarlo, pero algunas veces se lo sugirió y había prestado atención cuando algún vecino de asiento le planteaba “¿y usted, amigo, ¿qué hace?” Las respuestas eran siempre evasivas y por lo general desembocaban en la última palabra del ritual de saludo: sobreviviendo. Algo que podía significar mucho y que al mismo tiempo no significaba nada.

Una noche, después de la séptima cerveza, cuando los ojos de Ugarte no pasaban de ser una línea horizontal y estaba frente a la caja, pagando el consumo, Pacheco echó el cuerpo hacia delante para dejar lustroso con el trapo el sitio que había ocupado y divisó en el suelo un papel que tendría que habersele caído a Ugarte del bolsillo. Pensó llamarlo para advertirle, pero se contuvo. Esperó a que saliera. Entonces volvió a doblarse sobre el mostrador y miró. El papel estaba allí, blanco y arrugado. Pacheco tuvo la intención de correr a recogerlo y leerlo con avidez. Pero el propietario lo vigilaba. Otros clientes reclamaban su atención. Les sirvió de prisa, atento a que el papel no fuera a perderse. Quería un minuto para sí, dar la vuelta a la barra y recogerlo. Imposible. Entonces llamó a uno de los mozos que atendían las mesas y se lo pidió. “Se le ha caído a un cliente de todos los días. Yo se lo entregaré mañana”. El otro se lo tendió, sin sospechar nada, y Pacheco lo guardó en el bolsillo, rápido y nervioso. Temía que el propietario se hubiese dado cuenta, pero a nadie le llamaba la atención un papel en el suelo. Ninguno sospechaba que ese trozo de papel pudiera revelar la identidad de Ugarte. No había interesados en conocer aquella identidad, salvo el tabernero, Juan Pacheco.

El papel le ardía en el bolsillo. Estaba visiblemente nervioso y el sandwichero lo notó.

- ¿Qué le pasa, Juanito?

Se sintió descubierto y algo frío le anduvo por la espalda. No atinó a más que dirigirle una sonrisa helada. Recogió los *hot dogs* y se volvió a depositarlos sobre el mostrador, frente a los clientes. Y permaneció inmóvil intentando no escuchar al sandwichero que lo llamaba. Pero uno de los tipos se dio cuenta y le advirtió. Tuvo que acercarse, las piernas temblorosas, pálido. Mas no había motivo. Le preguntó si quería ir al excusado, para ocupar su puesto, lo que hacían habitualmente. Entonces lo dominó una alegría inverosímil. “Sí, sí”, dijo. Y corrió al interior sin esperar a que su lugar estuviera ocupado por su compañero.

Pasó el cerrojo de la puerta, sacó el papel del bolsillo y se sentó en la taza, sobre la tapa del silencioso. Se trataba de la hoja de una libreta de apuntes, muy arrugada. La estiró a conciencia.

No había más que un número de seis cifras. Al principio se desencantó, mas luego comprendió: un número telefónico. Tendría que llamar a ese teléfono y tal vez descubriría algo. Tiró la cadena, por si alguien anduviera cerca, y salió. El sandwichero retornó al ámbito de su cocina, que compartía con un ayudante, y él volvió a su lugar tras la barra, pensando cómo se las arreglaría para llamar. Debería hacerlo pronto, antes de que Ugarte llegara, pues seguramente se dirigía allí.

Tuvo entonces un gesto de audacia del que se creía incapaz. Si se hubiese detenido a pensarlo, no se habría atrevido a acercarse al propietario y pedirle autorización para hacer un llamado. El dueño asintió, pero no le facilitó el aparato que tenía a su lado, sino que le señaló el teléfono público junto a la puerta de entrada, frente a la caja.

Marcó y le dio la espalda al propietario, que no lo miraba. La campanilla sonó tres veces antes de que respondiera una voz de mujer.

- ¿Quién habla? –preguntó Pacheco.

Y la voz femenina:

-Lucy.

-Soy Ugarte –dijo.

-¿Ugarte? ¿Qué Ugarte?

Para él resultaba muy claro de qué Ugarte se trataba, pero no sabía cómo explicarlo.

-El que toma cerveza –dijo.

-Oiga, ¿qué quiere usted?

-Es que no sé si podré ir, Lucy.

- ¿Ir, adónde?

-Sabe, creo que he extraviado la dirección, ¿podría dármela?

- ¿Qué dirección? Oiga, ¿pero ¿quién es usted?

-Ugarte, el que toma cerveza.

- ¿Cerveza?, ¿qué se ha imaginado? Esta es una casa decente.

Y cortó.

No había averiguado nada, pero algo tenía, la punta de una hebra por la cual empezar.

Al día siguiente esperó a que Ugarte despachara dos cervezas antes de sacar el papel del bolsillo, como si se hubiera acordado súbitamente de él y no fuese el pensamiento que llenó su cerebro durante las últimas veinticuatro horas, impidiéndole incluso dormir, lo que le acarreó un disgusto con su hermana Mercedes.

- ¡Ah, señor Ugarte, me había olvidado! Anoche se le cayó este papel del bolsillo cuando se retiraba.

Ugarte recibió el papel y leyó el número.

-No es mío -dijo. Lo arrugó y se lo devolvió, convertido en una pelotilla.

-Pero estaba en su lugar, junto a su asiento, cuando usted se marchó.

-No es mío -repitió Ugarte. Y miró a otro lado.

Juan Pacheco fue a despachar unas cervezas y se acercó a Ugarte después de un momento, buscando otro flanco para el ataque.

-Lucy –dijo simplemente, y sonrió, cómplice.

-Lucy –repitió Ugarte-, nombre bastante feo y vulgar. No hay mucha imaginación en los nombres de las mujeres: Lucy, Lucía, Luz.

-Pero esta Lucy.

- ¿Cuál?

Pacheco le dirigió una sonrisa de inteligencia y alzó las cejas para significarle que estaban en el secreto. Ugarte rió.

-No conozco a ninguna Lucy –dijo. Y a continuación: - ¿Me puede servir un poco de queso, Juanito?

Y eso fue todo. Porque cuando Juan Pacheco volvió con el queso, Ugarte hablaba a su vecino de asiento y no supo cómo insistir.

Sin embargo, algo sabía y, lo más importante, Ugarte estaba enterado de su conocimiento, lo que lo obligaría a la acción. Juan Pacheco no volvió a acercarse a Ugarte aquella noche, salvo para reemplazarle el vaso vacío por otro lleno. Lo vigiló de lejos y aun cuando estaba seguro de que algún tipo de angustia lo consumía, no consiguió percibir ningún signo de ella. Ugarte seguía siendo el impertérrito bebedor de cerveza de cada noche. “Un cínico”, se decía Pacheco. Imaginaba a Ugarte devorado por la inquietud, pensando “este sabe; Juanito llamó y habló con Lucy, debe habérselo contado todo”. Y la angustia habría de corroerlo mientras bebía su cerveza cuidadosamente, emborrachándose poco a poco sin que se le notara, así como tampoco se le notaba su nervioso temor. Con seguridad Ugarte contaba los minutos, segundo a segundo, esperando que el tiempo avanzara al momento de ir a arreglarle cuentas a Lucy. ¿Qué tanto habría dicho? Mas tenía que esperar las nueve, y el reloj se movía con desesperante lentitud. El reloj no necesitaba apresurarse porque no iba a ninguna parte. Las manecillas partían de un punto para alcanzar el mismo punto una y otra vez, hasta el cansancio, hasta el fin de todo, de una vida y de otra y otra más. Hasta el fin de toda la existencia, girando invariablemente dentro de sí mismas, sin trasladarse, así como Ugarte tampoco iba a ningún lado y repetía incansable el rito de gastar tres horas en el bar cada día, trasegando cerveza, lo que en apariencia lo tornaba insignificante y casi absurdo. En apariencia. La apariencia que le convenía entregar para que nadie averiguara su verdadera realidad. Pensaba Juan Pacheco. Se imaginaba a Ugarte en aquellas imaginaciones, mientras lo observaba de lejos esperando captar algún signo de su inquietud y solo encontraba lo de siempre: los ojos achicándose progresivamente.

“Cínico”, pensaba Pacheco. “Cómo consigue engañar a todo el mundo”. Pero a él, no. Ya se había enterado de Lucy y a pesar de que Ugarte negó y se hizo el desentendido, Pacheco sabía. Eso era definitivo.

Después de la sexta cerveza, Ugarte alzó el índice. Antes de acudir, Pacheco supo que no pediría la séptima, que esperaba el vale del consumo para ir, muy derecho, hasta la caja, pagar y salir a la noche. Juan Pacheco sabía exactamente lo que pasaría, en qué forma Ugarte había de movilizarse procurando las calles más oscuras y solitarias, dando rodeos para evitar que lo

vieran e impedir que alguien pudiese seguirlo. Así iba a llegar hasta la casa, grande, antigua, de techo alto, en la que el timbre no funcionaba. Ugarte lo sabía y recurriría al llamador: una mano de bronce empuñada que haría golpear tres veces sobre el soporte metálico, mentalmente contaría hasta seis y repetiría los tres golpes. Entonces giraría la cabeza a derecha e izquierda para cerciorarse de que nadie había cerca, ningún testigo de su presencia inmóvil ante la puerta. El oído atento escuchaba el taconear de la mujer que se aproximaba del otro lado.

- ¿Quién?

-Yo.

Diálogo mínimo, clave que hacía girar la puerta sobre sus goznes y ya estaba adentro, en la semipenumbra creada por una luz lejana. Un saludo breve y Ugarte y la mujer se dirigían al interior, donde la luz la descubría: más baja que Ugarte, ni gruesa ni delgada, el pelo artificialmente aclarado en un alarde de juventud que se desvanecía. Dejarían atrás la sala, de muebles anchos y antiguos, rumbo al comedor. Lucy invitaba a Ugarte a sentarse y él ocupaba una silla. Dejaba descansar las manos sobre la mesa. Ella le acercaba la panera y salía. Regresaba con dos tazas de café. Hablaban en voz baja. Un gato se encaramaba a la falda de Lucy. Ella humedecía un trozo de pan en el café y le daba de comer al gato, le acariciaba el lomo y el animal doblaba su cuerpo y se acomodaba en su falda, relamiéndose. Él la interrogaba. Respondía pasando su mano por el sedoso pelaje del gato. Ugarte la acosaba. Lucy comenzaba a inquietarse, intentaba calmarlo, le aseguraba que no había dicho nada comprometedor, pero él no quedaba satisfecho, volvía a sus preguntas y Lucy se alteraba. Hacía bajarse al gato de un empujón y no prestaba oídos a sus maullidos insistentes. Ugarte alejaba al gato de un puntapié. Lucy se levantaba y retrocedía. Ugarte iba sobre ella, la sacudía de los hombros. La mujer gritaba y él le cubría la boca con una mano. Forcejeaban. Lucy retrocedía hasta el aparador, en el que apoyaba la espalda. Los ojos de Ugarte ya no eran una línea horizontal. Estaban bien abiertos, no tanto como los de ella a los que engrandecía el pánico. La mano de Ugarte ahogaba su grito mientras la otra buscaba sobre el aparador un sólido jarro de metal para librarlo de su espera llena de polvo y darle un sentido distinto al de adorno inofensivo que cumplía quien sabe cuántos años. El jarro absorbía toda la luz de la habitación y trazaba un meteórico rayo descendente. La cabeza teñida de la mujer iba adquiriendo un color encendido, diáfano, rojo, intensificado en cada golpe a medida que el cuerpo caía. La cabeza disfrazada de juventud se coloreaba de vitalidad, transformada muy pronto en el tono opaco de la ausencia. El gato corría hacia el cuerpo desmadejado y sus patas se ensuciaban de sangre. Ugarte lo espantaba de otro puntapié y el animal huía. Las huellas de sus patas dejaban marcas mínimas en las tablas del piso. Con lento ademán, Ugarte despejaba su frente de los cabellos que la

invadieron. Se apoyaba en el aparador y respiraba profundo. Se soltaba el nudo de la corbata. El jarrón descansaba otra vez sobre el mueble. Ugarte volvía a levantarlo, regresaba a la mesa y lo limpiaba cuidadosamente con una servilleta. Restituido a la ubicación que tuvo tanto tiempo, ahora brillaba, libre de polvo. Se agachaba a observar de cerca el rostro desfigurado de la mujer. Enjugaba la sangre que escurría por una pata del aparador y dejaba la servilleta sobre la que se apoyaba en el suelo, para que la empapara.

Ugarte se quitó el vestón y lo colgó en el respaldo de una silla. Se arremangó la camisa. Mientras lo hacía, miró su muñeca: las once y diez. Se hizo de una segunda servilleta y recogió con ella la primera. No había mucha sangre. La limpió y armó una bola con ambas servilletas. Salió al patio. La noche estaba silenciosa y tranquila, iluminada por estrellas discretas. Fue a buscar el cuerpo de Lucy y lo arrastró hasta el lugar en que estaban las servilletas arrolladas. Se dirigió al fondo del patio y trajo un chuzo y una pala. Empezó a cavar, empleando la misma parsimonia con que bebía cerveza en el bar, como algo ajeno a él, que no le concerniera. Disponía de toda la noche y no resultaba necesario apurarse. Antes de las dos estuvo desocupado.

Fue a lavarse manos y cara. Evitó mojarse el cabello, oscurecido de tierra. Se ajustó la corbata y la chaqueta. Miró hacia el aparador: no quedaba ninguna señal de lo ocurrido. En el suelo, una pequeña sombra oscura, que podía ser cualquier cosa. Eligió un trozo de pan y lo mordió. Apagó la luz y avanzó a la puerta. Conocía el camino. Antes de abrir, escuchó. Nada. Accionó el picaporte y cuidó que la puerta no hiciera ruido. Asomó la cabeza y, seguro de la soledad, salió a la calle. Cerró prolijamente y caminó sin prisa, procurando mimetizarse con los muros penumbrosos.

Lo que Ugarte no sabía era que el gato maullaba tristemente sobre la tierra recién removida. Había olvidado las minúsculas huellas que dejaron las patas ensangrentadas del gato al huir.

- ¡Dos más, Juanito!

Pacheco se sobresaltó. La sonrisa obsecuente se dibujó en sus labios y se apresuró a cumplir el pedido. Al depositarlo sobre el mostrador, miró hacia la caja. Ugarte ya no estaba. Sus ojos buscaron la puerta y alcanzó a ver la espalda de Ugarte, que salía sin prisa a cumplir su destino. Pacheco sonrió. Junto con extenderle la segunda cerveza del día siguiente, le preguntó el nombre del gato.

- ¿Cuál gato?

-Bueno –Pacheco demoró, estudiando el rostro impassible de Ugarte-, todo el mundo tiene un gato.

-No todo el mundo.

-En mi casa siempre hubo gatos -contó Pacheco-. Mi madre se las arreglaba para recoger alguna gata abandonada y rápidamente se llenaba de crías. Como no había a quién darle tanto gato, debíamos ahogar unos pocos en cada camada. ¿Usted sería capaz de ahogar un gato, señor Ugarte?

No respondió, salvo con una sonrisa que tanto podía significar “sí” como “no”.

-Los gatos son cariñosos e inteligentes -insistió el tabernero-, en muchos casos han dado la clave para resolver un crimen, por las huellas de sus patas ensangrentadas, por ejemplo, o porque lloran sin parar cerca de donde ha sido ocultado el cadáver de su ama.

-Eso ocurre en las novelas -dijo Ugarte.

-Y en la vida real. ¿De dónde sacan las cosas que ponen en los libros si no es de la vida real? Recuerdo haber leído en el diario, no hace mucho, de un gato que dio la pista para descubrir a un asesino.

Ugarte volvió a reír. Bebió un trago largo, pero todos sus tragos lo eran y no había rastros de nerviosismo en su risa. “Se ve muy seguro -pensó Juan Pacheco-, pero no he agotado mis cartas”.

Le restaba la más importante y la jugó poco después, de espaldas al propietario, sin importarle que lo vigilara desde la caja, sin siquiera cuidarse de bajar la voz.

Respondió un niño y Pacheco preguntó “¿está Lucy?”. Escuchó ruido, que no consiguió identificar, y después la misma voz de la noche anterior.

- ¿Es usted, Lucy?

-Sí, ¿quién llama?

- ¿No ha ido Ugarte por allá?

- ¿Ugarte? ¿Qué Ugarte?

-El que toma cerveza.

Hubo un silencio breve. Después, la voz alterada de la mujer:

- ¿Pero ¿quién es usted? ¿Qué es lo que quiere de mí?

Sin duda era Lucy.

-Nada -dijo Pacheco-, solamente saber si aún está viva.

- ¿Viva? -Lucy estuvo a punto de llorar-. ¿Pero ¿qué pretende, válgame Dios? ¿Qué es lo que busca?

-Nada. No se preocupe. No la volveré a llamar.

No valía la pena. Vio la espalda de Ugarte mientras regresaba a su lugar, tras el mostrador. Lo vio en el momento de llevarse la cerveza a los labios, desde un ángulo del cual nunca lo había visto, la oreja en primer plano, la cabeza echada atrás, el codo doblado, unido a la oreja por la línea del antebrazo. Dos pasos más y Ugarte bajaba el brazo. Ahora lo enfocaba de perfil. Por la esquina de su boca asomó la lengua para capturar algunas gotas de cerveza que absorbió con avaricia; luego chasqueó, complacida, y la boca se entrecerró sin que ningún otro músculo del rostro se moviese. Las manos quietas sobre la barra rodeaban el vidrio vacío, inútil sin su carga de cerveza.

No la había asesinado, pues. El secreto de Ugarte debía ser otro.

Se demoraba en el retrete. Cierto que la cerveza era mucha y llega pronto a la vejiga, la repleta y la presiona. Pero Ugarte se demoraba en el retrete. Tal vez hacía algo más que orinar. ¿El vientre? Si casi no comía...

Juan Pacheco había sorprendido, en un par de ocasiones, a unos tipos que consumían cocaína en el servicio. Desenvolvían cuidadosamente el papelillo y en la punta de una llave sacaban una pizca de polvo blanco y la llevaban a una ventanilla de la nariz. Absorbían con fuerza. Repetían la operación por la otra ventanilla. Después exhalaban un ¡aaahhh! satisfecho.

La primera vez, se asustó. Pensó que debía comunicárselo al propietario y se dirigió a la caja. El propietario lo miró extrañado, como preguntándole ¿qué hace usted aquí?, ¿por qué no ocupa su puesto? Entonces Pacheco dirigió la vista hacia el retrete y los vio venir, con un aspecto de respetabilidad que lo impresionó. El propietario siguió su mirada y les sonrió a los tipos. Pacheco nada dijo y volvió tras el mostrador.

La segunda vez no se inmutó. Esas cosas pasan y él no debía inmiscuirse; debía aparentar que nada había visto. Pero vio.

Recordaba ahora, cuando Ugarte descendía del taburete y se encaminaba, sin prisa, hacia el servicio. Imaginaba a Ugarte de pie ante el urinario, eternizándose en el alivio de su vejiga. Finalmente subía el cierre y entraba a uno de los excusados. Corría el pasador. Abría la billetera y sacaba un papelillo disimulado entre tarjetas. Dejaba la billetera sobre el estanque. El manojito de llaves viajaba de su bolsillo al estanque, junto a la billetera. Entonces desdoblaba el papelillo y, para que el polvo se reuniera al centro, lo asentaba en la palma de la mano izquierda. Con la derecha elegía la llave y operaba. Su ¡aaahhh! resultaba complacido.

La cocaína lo despejaba y evitaba que el alcohol lo mareara. De otro modo, ¿cómo iba a resistir tanta cerveza?

Ahora regresaba el papelillo a la billetera, entre documentos inofensivos. Colocaba la billetera en el bolsillo interior de la chaqueta, cerca del corazón, y las llaves en uno de los exteriores. Las llaves no tenían mayor importancia en este juego, eran perfectamente sustituibles. Ugarte destrababa el picaporte y salía. Pero se encontraba con varios tipos que lo miraban. ¿Qué hacía ahí dentro? Lo habían visto orinar afuera y luego encerrarse y ahora salía sin siquiera tirar la cadena. Los tipos sospechaban. Le bloqueaban el paso. Ugarte se ponía nervioso, miraba a uno y otro lado. Los tipos empezaban a reír. Uno se le acercaba por la izquierda y otro por la derecha. No podía avanzar porque había dos más frente a él. Si retrocedía al muro del fondo quedaría acorralado. Debía arriesgar algún movimiento. No había tiempo para pensar. Dio un paso hacia la derecha y antes de que el pie tocara tierra, varió el rumbo de su cuerpo y se cargó a la izquierda y adelante. Los tipos se sorprendieron, pero uno alcanzó a sujetarlo por un brazo cuando emprendía la carrera. Otro le descargó un golpe en la cabeza, que lo hizo trastabillar. Los cuatro se le fueron encima y comenzaron a golpearlo. Un puñetazo le partió el labio y la sangre corrió por su mentón. Estaba en el suelo. No se defendía. Uno de los tipos le sacó la billetera y buscó hasta encontrar el papelillo. Lo exhibió a los otros. Reían. Ugarte, desde el suelo, los veía como en una nebulosa. Estaba despeinado, la ropa en desorden y la sangre deslizándose de su labio partido.

Pero ahí venía, sin sangre en el labio, el peinado impecable, la ropa ordenada. Se acomodó en el asiento redondo, bebió el resto de cerveza y alzó el índice. Juan Pacheco se acercaba con otro vaso rebosante. Las cosas no podían haber sucedido como él las había imaginado.

Después de la quinta cerveza, Ugarte volvió a levantarse y se encaminó al retrete. Pacheco lo miró. Ugarte en realidad no utilizaba el urinario, sino que se encerraba en el momento de llegar. Alzaba la tapa de la taza y orinaba. Después hacía el juego de la billetera, el llavero, el papelillo, la absorción, el ¡aaahhh! Tiraba la cadena y salía. Y eso a nadie podía llamarle la atención. Disponía de tiempo y seguridad. ¿Quién iba a espiar a un tipo que está en el excusado? ¿Quién se va a preocupar de lo que hace? A lo mejor Ugarte hasta se sentaba, para actuar más cómodo. Por eso a su regreso se veía tan compuesto y podía hablar con su vecino sin demostrar preocupación ni remordimiento ni nada. El mismo Ugarte de siempre. Un drogadicto. Un vicioso.

Juan Pacheco lo estuvo observando durante dos días. Espió cada uno de sus movimientos. Trató de descubrir un temblor en las manos, o en los

labios, cuando se llevaba la cerveza a la boca. El primer día bebió ocho cervezas; el segundo, siete. El primer día hizo dos viajes al retrete; el segundo, tres. No había, pues, una proporción entre la cerveza ingerida y las visitas al urinario. Tampoco temblores, miradas sugestivas ni señales de nada anormal. Ugarte no tenía tics. Pacheco pensaba que un drogadicto debía tener algún tic. Ugarte ni siquiera fumaba. No encajaba en la imagen que Pacheco tenía de un vicioso. Tranquilo, impávido, su tipo correspondía más bien al traficante. Ahí podía estar la explicación de su larga permanencia en el bar, como si cumpliera una jornada de trabajo.

El bar, con su parroquia abigarrada, constituía un excelente punto de contacto.

Ugarte nunca hablaba de sí mismo porque si contara la manera en que se las arreglaba para sobrevivir, como él decía, no conseguiría hacerlo por mucho tiempo.

Alrededor de las cuatro de la tarde se reunían en la oficina. Una oficina de corretaje de propiedades, el nombre de los dos socios escrito en el vidrio de la puerta. Pero en realidad la organización la integraban muchos más de dos y la oficina también era mucho más de lo que aparentaba. Si uno pasaba detrás de la salita en que se atendían los arriendos y las ventas de inmuebles, llegaba a un ambiente amplio. Ugarte solía desplomarse en uno de los sillones y daba volumen al aparato de música. Prefería las melodías orquestadas, sin estridencias, y las disfrutaba hasta que llegaban los demás, que inmediatamente bajaban el volumen. Los otros fumaban; Ugarte, no. En cambio, bebía una taza grande de café. Discutían de negocios, daban cuenta de su territorio y al final el Hombre tomaba nota, distribuía instrucciones y mercancía. Y cada cual partía a lo suyo. A las seis, ya estaban en acción.

La de Ugarte no era gran cosa. Tres horas sentado ante el mostrador del bar, despachando cervezas una tras otra, en un lugar bien visible, en el cual todos los interesados podían verlo y desde donde él también podía vigilar el recinto gracias al espejo que estaba a espaldas de Juan Pacheco. Además, con solo ladear ligeramente la cabeza dominaba el acceso al servicio higiénico, lugar adecuado para ese tipo de transacciones.

Claro que el comercio podía hacerse de forma mucho más simple y más audaz, al mismo tiempo. Los que se sentaban junto a Ugarte y le hablaban, ¿qué le decían en realidad? Juan Pacheco procuraba sorprender esas conversaciones, pero no siempre lo conseguía. Lo llamaban de una punta a otra de la barra. A veces captaba palabras sueltas; otras, frases completas. En ocasiones hasta participaba en la charla, y nunca encontró nada sospechoso. Claro que podían usar claves, lenguaje cifrado. A lo mejor, mientras estaban diciendo “no he visto esa película, pero fulano es un gran actor”, le pasaba disimuladamente la mercancía al vecino. Y eso Pacheco no podía verlo. Imaginarlo, sí.

Imaginaba a Ugarte dejando vagar los ojos por las botellas de la estantería y bajarlos al espejo. Sin que nadie se percatara, vigilaba el local. Tal vez su misión no consistía en vender la mercancía, sino en vigilar a los vendedores. A lo mejor había vendedores diseminados en las mesas, haciendo su negocio. Quizás la misión de Ugarte fuese más importante aún. El bar era un fantástico centro distribuidor de droga. ¿Por qué el propietario les había sonreído a los tipos que se dopaban en el baño? Estaría en el secreto. El propietario sería un peón dentro de la organización a la que pertenecía Ugarte y, por alguna causa, lo tenían bajo vigilancia. Sin darse cuenta, sin que nunca lo hubiera sospechado, el propio Juan Pacheco podía constituir una pieza del engranaje gigantesco que envenenaba a la ciudadanía, por el simple hecho de despachar cervezas y *hot dogs* en un establecimiento de apariencia respetable.

-Estamos en el negocio -le dijo a Ugarte.

- ¿Cuál negocio?

Sonrió y alzó las cejas en un gesto que pretendía ser de inteligencia. Inclino el cuerpo ligeramente hacia Ugarte y bajó la voz:

-El negocio -repitió.

- ¿Cuál negocio? -volvió a decir Ugarte y lo miraba extrañado.

Entonces el cantinero adoptó un aire indolente:

-El de la cerveza, digo. Yo la sirvo y usted la toma.

Ugarte rió.

-Mire qué buen negocio, Juanito. Sigamos trabajando, entonces. Traiga otra.

Era la octava. Sus ojos, apenas una línea horizontal, desaparecían por completo al reír.

Después de esa cerveza iba a partir. ¿Adónde? ¿En qué lugar se reunirían? La oficina de propiedades no podía estar abierta a esa hora. Acaso tuviesen llaves, cada cual la suya, pero resultaría sospechoso que entraran al edificio después de las nueve. Seguramente se juntaban en un restaurante. Tras tanta cerveza, el apetito de Ugarte debía estar estimulado al máximo. Pediría un gran trozo de carne asada y puré o arroz y alguna ensalada. El Hombre comía menos. Juan Pacheco lo imaginaba delgado y de mayor edad; posiblemente una úlcera lo martirizaba, así que pediría pescado al vapor y papas cocidas. El resto, algo similar a lo de Ugarte. Una cena alegre, en la cual todos hablarían y harían chistes. Del vino, nadie abusaría, Ugarte apenas debía de probarlo, colmada su capacidad de bebida con las cervezas del bar. El Hombre haría una o dos observaciones agudas, justas y precisas, nada más. Y

uno o dos sorbos de vino blanco. Con el café, se pondrían serios: hora de negocios. El Hombre fumaría un puro, el único del día.

¿Cómo sería el informe de Ugarte? ¿Lo mencionaría a él, ¿Juan Pacheco, el tabernero? “Es un tipo hábil, parece que sospecha. Esta tarde me dijo *así que estamos en el negocio; tuve que hacerme el desentendido, pero ese tipo es muy hábil, debemos cuidarnos de él*”.

-Eliminémoslo –propuso un gordo-; lo esperamos a la puerta del bar y cuando salga, ¡paf!, se acabó el tal Pacheco.

-No –dijo el Hombre-, evitemos la violencia. Si ese tipo es tan hábil tal vez nos convenga engancharlo para la organización. ¿Quién dice que no resultaría mejor que ese bufón que tenemos de propietario?

-De todas maneras, mejor –dijo Ugarte-, Juan Pacheco es un lince.

Ugarte debía de tener una espléndida opinión de él, siempre lo había atendido con preferencia y procuraba darle en el gusto pronto y bien, como debe hacer un buen cantinero. Seguramente lo recomendaría con calor, y Ugarte era importante dentro de la organización, el Hombre tomaba en cuenta sus opiniones. Así que, al término de la sesión de aquella noche, Ugarte tendría la misión de resolver el caso Juan Pacheco.

El propio Pacheco no sabía cómo resolverlo, aun cuando se desveló tratando de encontrar una solución. Por un lado, no le tenía mala voluntad al propietario, pero le gustaría ocupar su puesto. Por otro, repugnaba a su conciencia integrarse a la mafia. Siempre fue una persona de principios rectos y nunca le hizo mal a nadie. Vender droga era algo pernicioso. Ciertamente podía ganar mucho dinero, muchísimo más que despachando cerveza, ¿pero sería feliz?

Estaba muy confuso y no quiso ser él quien planteara el asunto. Así que después del saludo habitual y de colocar la primera cerveza frente a Ugarte, se retiró discretamente. Que lo llamara cuando se decidiese a hablar. Cuando lo llamó no le dijo más que “otra, Juanito” y ni siquiera agregó “por favor”. Se sintió dolido.

Con la tercera cerveza decidió encararlo:

-Y, señor Ugarte, ¿cómo fue lo de anoche?

- ¿Anoche?

-La reunión.

- ¿Qué reunión?

Juan Pacheco sonrió.

-La reunión, pues, la de anoche, en el restaurante.

Por primera vez le vio una expresión a Ugarte, entre divertido y curioso. Y fue suficiente.

- ¿No era usted el que tenía una reunión anoche? Debo estarlo confundiendo con otro cliente, pasa tanta gente por aquí.

- ¿No estará trabajando demasiado? Necesita unas vacaciones, Juanito, para tranquilizarse.

Juan Pacheco se había equivocado al imaginar a Ugarte como un delincuente, homicida de mujeres, cocainómano, mercader tenebroso. En realidad, Ugarte era todo lo contrario: policía. Un agente que cumplía una misión específica en el bar.

La luz se hizo súbita en el cerebro de Pacheco, cuando lo sorprendió a Ugarte. Después de espiarlo durante días, sin que le entregase ningún signo de su posible identidad, de pronto lo vio inclinar la cabeza hacia la izquierda, levemente, para captar la voz del tipo a su lado y buscar su rostro en el espejo. A lo mejor era el que esperaba desde hacía meses, bebiendo incansablemente la cerveza que Pacheco le servía.

A Ugarte lo habían llamado en el momento cumbre, recién descubierto el complot. El Jefe, que estaba en su oficina acompañado por otros jefes menores, le informó escuetamente. Tenían los hilos de una organización terrorista que había planificado el descalabro, la caída del gobierno, la subversión del orden, el desmoronamiento de la vida social. Afortunadamente el plan estaba desbaratado y la situación, bajo control. Sin embargo, no tenían al cabecilla. Consiguió escapar gracias a su habilidad endemoniada. Para capturarlo, confiaban en el más hábil de los agentes: Ugarte.

-Alguna pista -pidió Ugarte. A él los elogios no lo impresionaban y siempre iba al grano.

-Prácticamente no hay pistas -dijo uno de los jefes menores.

-Solo una -explicó el Jefe-: una grabación. Su voz es todo lo que tenemos. Nadie lo ha visto, nadie lo conoce.

-Oigamos esa voz -pidió Ugarte.

El Jefe hizo funcionar la grabadora, que reprodujo un mensaje con instrucciones, entregadas por una voz bastante corriente. Pero de pronto se

detenía, como si necesitara una pausa para acumular aire, para respirar. Luego seguía, monótona y vulgar.

-Tiene dificultades respiratorias -comentó Ugarte.

-Asma -dijo el Jefe.

-Habría que revisar las fichas de todos los asmáticos en clínicas y hospitales.

-No tiene ficha. Hay médicos entre los terroristas, que lo atienden y no dejan señales.

-Poco tenemos dijo Ugarte-; no va a ser fácil encontrarlo.

-Algo más se sabe -dijo uno de los jefes menores-: le gusta la cerveza. Bebe solamente cerveza.

Ugarte se interesó y el Jefe terminó de informarlo. Los terroristas presos habían entregado muy pocos datos de su líder porque no lo conocían. El tipo trabajaba al margen, solo, y casi nadie sabía de él. Pero le gustaba la cerveza, la de un bar en especial.

Y Ugarte instaló allí su cuartel general, manteniendo por supuesto el más estricto anonimato, sabedor de que su arma principal en este caso era la paciencia y que no podía solicitar ayuda a nadie, ni siquiera al tabernero Juan Pacheco, que le acercaba su sexta cerveza de la tarde con un guiño de complicidad.

La corazonada de Ugarte resultó falsa. La voz que creyó oír no era la que buscaba y dejó que el fulano se marchara sin prestarle más atención. Pero a partir de ese momento Juan Pacheco sabía de qué se trataba, qué estaban buscando. Estaban, porque él se integró inmediatamente a la búsqueda. Y mientras Ugarte bebía parsimonioso sus seis, siete u ocho cervezas cada tarde, visitaba dos o tres veces el retrete, y sufría sin percatarse el empequeñecimiento de sus cavidades oculares, Pacheco, el oído atento, esperaba escuchar al asmático bebedor de cerveza, al cual debía de haber servido más de una docena de veces, ignorante de su peligrosidad.

Con el paso de los días el tabernero aprendió que asma y cerveza no parecen compatibles, pues aunque se esforzó y puso toda su capacidad al servicio del caso, no consiguió resultados. Ugarte tampoco los había conseguido en varios meses, mas no se descorazonaba; seguía acudiendo puntualmente cada tarde.

Pacheco creó una nueva fórmula para la despedida, que estableciera cierta comunicación entre ellos, conservando una inofensiva apariencia. Cuando Ugarte pedía la cuenta, se bajaba del taburete y decía "hasta mañana, Juanito", el tabernero le preguntaba:

- ¿Y? ¿No pasa nada, señor Ugarte?

-Nada.

Eso les bastaba para entenderse, y para saber que las cosas no les iban bien en absoluto. Pero mejorarían. Juan Pacheco tenía la certeza de que iban a mejorar.

En efecto ocurrió una tarde, entre las siete y las ocho. No era precisamente un asmático. Se trataba de dos hombres que empezaron a conversar en voz baja, pero que con la segunda cerveza se desinhibieron y alzaron el tono. Estaban en el otro extremo de la barra, de manera que Ugarte no podía escucharlos. Pacheco se quedó a su lado, para transmitirle luego lo que decían.

No es que trazaran planes para derrocar al gobierno, pero poco les faltaba. En ningún momento hablaron de emplear la violencia ni de llegar al crimen, aunque las críticas a la política económica subieron a extremos alarmantes. Así lo consideró Juan Pacheco, al menos. Y en cuanto los tipos se dirigieron a la caja, voló al otro extremo del mostrador y, tratando de mover apenas los labios, esforzándose por dominar los nervios que amenazaban traicionarlo, le dijo a Ugarte:

-Esos dos, los que están en la caja.

Ugarte se volvió lentamente y los miró.

- ¿Qué tienen? -preguntó.

-Terroristas -dijo Pacheco.

- ¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabe?

-Hablan contra el gobierno.

- ¡Ah! Muchos lo hacen.

Pacheco pensó que una pequeña mentira no sería un peso demasiado grande en su conciencia si servía para activar a Ugarte, que se mostraba extrañamente remolón.

-Dijeron que había que derribar al gobierno -contó, agachando la cabeza y adelantándola hacia Ugarte, para que nadie más lo escuchara.

Ugarte se encogió de hombros.

-Es el deseo de tantos -dijo.

Juan Pacheco comenzó a desesperarse y subió ligeramente el tono.

-Son terroristas, señor Ugarte.

-Bueno, que lo sean. ¿Qué podrían hacerle a usted?

- ¿A mí? -Pacheco se sorprendió-. Bueno, creo que a mí... nada. ¿Qué me iban a hacer a mí?

-Y entonces, ¿para qué se preocupa?

-Pero usted, ¿no se preocupa, señor Ugarte? ¿No le interesan los terroristas?

-Para nada. Tráigame otra, Juanito.

Tampoco era policía. Tampoco habían sido ciertas la cita con el Jefe, la grabación del asmático, la espera tenaz. Otro sería el secreto de Ugarte. ¿Pero cuál? El tabernero Juan Pacheco estaba al borde de la desesperación cuando le sirvió la nueva cerveza y no pudo evitar que sus labios, independientes de su voluntad, dibujaran la pregunta:

- ¿Quién es usted? ¿Qué hace?

-Ugarte. Simplemente sobrevivo.

Juan Pacheco descansaba los domingos. Un privilegio que le concedía el propietario. A cada empleado le correspondía un día a la semana. El domingo era el más codiciado y Pacheco se sentía orgulloso de que se lo hubiesen destinado. Jamás pensó en cambiarlo. Y cuando el sandwichero le propuso que, por una sola vez, mudaran turnos, pues tenía que asistir al bautizo de su sobrino el próximo domingo, Pacheco tuvo el impulso de negarse; eso le trastrocaba su mundo y su relación con su hermana. Sin embargo, pensó en el sobrino del sandwichero, en toda la familia de fiesta y el pobre hombre suspirando allí, tras el mostrador, imaginando lo que ocurría en casa.

Solo después que aceptó el trato, se acordó de Ugarte, frente a la posibilidad inesperada del lunes libre. Y eso lo alegró. De modo que llegó con el mejor espíritu la tarde del domingo, contra todo lo que había temido.

Resultó una experiencia interesante, pues el bar parecía otro. Menos movimiento. No conocía casi a ninguno de los que entraban. Comparados con los clientes habituales, que se estacionaban en el bar y permanecían un par de horas, los del domingo eran aves de paso. Tomaban su bebida, comían su emparedado y partían como si les molestase estar allí.

A las seis de la tarde, Pacheco tuvo preparado el vaso para la primera cerveza de Ugarte, aunque sabía que no iba a aparecer. Cuando llegó una persona a pedir cerveza, Pacheco dejó a un lado el vaso que tenía destinado a Ugarte y le sirvió en otro. Ese vaso no se tocó en todo el día.

Después de las ocho hubo más animación. Principalmente por cuenta de un bullicioso grupo de jóvenes, diez o doce, que unieron dos mesas para estar juntos. Hombres y mujeres, a partes iguales, lo que de por sí constituía una novedad: la clientela del bar era exclusivamente masculina. Todos pidieron cerveza y *hot dogs*, y hablaban y reían en voz alta, derrochando una alegría contagiosa y limpia que rara vez se veía en el lugar. Pacheco se puso contento de verlos y al entregar las cervezas al mozo que los atendía, vio que también estaba satisfecho y sonriente.

-Son felices -le dijo Pacheco.

-¡Ah, la juventud! -respondió el mozo. Y les llevó la bebida mientras el ayudante del sandwichero se demoraba, detrás de Pacheco, ante tal cantidad de *hot dogs*.

Desde su lugar, Pacheco los veía perfectamente, pero no alcanzaba a escuchar todo lo que decían. Las risas, sí; algunas frases y palabras cuando alguien alzaba la voz. Una morena, de melena recortada y un lunar en la mejilla izquierda, discutía con un muchacho rubio, de cabello más largo que el de ella, al que Pacheco solo veía de espaldas. Las discusiones no eran violentas y terminaban en carcajadas ruidosas y brindis breves. Debían de ser estudiantes. Mencionaban nombres desconocidos para Pacheco, algunos extranjeros, de filósofos, pensaba, o escritores, tal vez artistas.

En un momento, la morena del lunar se inclinó hacia el rubio, le puso una mano en el brazo y le dijo en voz alta, que Pacheco escuchó claramente: "Lo que pasa es que tus puntos de vista son más esteticistas que profundos". Y todos rieron. No supo la razón, pero la frase se le quedó grabada y la recordaría durante mucho tiempo.

La alegría que le aportaron los estudiantes lo acompañó durante la mañana del lunes y le permitió dormir siesta después de almorzar. A las cuatro

despertó, con un ligero sobresalto, pero se tranquilizó al comprobar que estaba a tiempo. Se lavó la cara, se peinó y anudó una corbata a su cuello antes de salir. Caminó hacia el bar con una sensación distinta a la de todos los días. No corría ahora para llegar al trabajo, encerrarse tras el mostrador, despachar cervezas y bocados a una clientela heterogénea, bajo la mirada del propietario. Hoy no tendría que servir a nadie. Podía ocuparse por entero de sí mismo. Compró un periódico y se apoyó en un árbol, frente a la entrada del bar. Más que leerlo, se ocultaba tras él, para no ser sorprendido en su vigilancia. A las cinco y media dio un paseo por la cuadra, preguntándose de qué lado vendría Ugarte. Decidió que no le convenía aguardarlo en el árbol. Más le valía estacionarse en una esquina, desde donde podría ver algo más de su camino. ¿Pero cuál esquina? Si escogía la correcta, Ugarte aparecería de muy lejos en su pupila, con suerte lo vería surgir de un edificio y ya sabría dónde indagar. Caso contrario, vería de todos modos por qué lado aparecía. Prefirió la esquina de la derecha. A las seis se ubicó en su puesto. Era capaz de identificar la figura de Ugarte a tres cuadras de distancia. Hizo un ensayo. Cubriéndose el rostro con el periódico siguió la trayectoria de una mujer, desde que estaba a tres cuadras, y no la perdió hasta verla entrar a una tienda. Ugarte no se le escaparía. Estaba contento. Recordaba a los estudiantes de la noche anterior. Sus risas repercutían en el corazón de Juan Pacheco. En un instante creyó tener a Ugarte. Lo vio, tal como esperaba, salir de un edificio y avanzar. Se le aceleró el pulso, el diario tembló ligeramente y, sin saber por qué, aclaró la garganta valiéndose de un ligero carraspeo. Pero cuando el hombre estuvo cerca se dio cuenta de que no era Ugarte, ni siquiera se le parecía. ¿Cómo pudo engañarse? Las seis y diez. De ahí a cinco minutos Ugarte tendría que llegar al bar. Nunca se había demorado ni más ni menos. Debería estar cerca. Ya tendría que verse. A Pacheco lo dominaban los nervios. Terminó por bajar el periódico, olvidado de cubrirse, y giraba la cabeza hacia todas las calles por las cuales podría surgir Ugarte. Nada. ¿Es que no iba a acudir hoy, precisamente hoy? El nerviosismo empezó a derivar en angustia. Entonces comprendió que se había equivocado de esquina y corrió a la opuesta, sin importarle pasar frente al bar, desde donde podían verlo. Llegó y su vista hambrienta buscó la figura de Ugarte, tendría que estar muy próxima. Pero no la encontró. Tampoco se acercaba de aquel lado. ¿Por dónde, entonces? ¿De dónde diablos surgía Ugarte? Ya no quedaba ni un resto de la alegría que le endosaron los muchachos el domingo. Sus risas no resonaban ahora en los oídos de Juan Pacheco. Los ocupaba ahora un rumor sordo, persistente, que venía de dentro de su propio cerebro. Le pareció que iba a llorar. Si permanecía un minuto más allí, esperando inútilmente a Ugarte, estallaría en un llanto histérico, absurdo. Así que partió. Gacha la cabeza, el diario arrugado en la mano izquierda, a largas zancadas. Al pasar ante la puerta del bar, lo divisó. Allí estaba, en el taburete redondo, como de pianista, y el sandwichero le aproximaba una cerveza. Se quedó observándolo con la boca abierta. Ugarte le daba la espalda y no podía verlo, ni siquiera a través del espejo. Se advertía

su inmovilidad extraña. A Pacheco le desagradó la inmovilidad de Ugarte, percibida en su espalda. Como si no tuviese vida. La vida es movimiento. La quietud de Ugarte resultaba letal. Desagradado y todo, no era capaz de moverse, estaba hechizado y aún no había tenido tiempo de preguntarse por dónde llegó, cómo entró sin que él se diera cuenta, a pesar de toda su atención. Entonces escuchó al mozo, que lo saludaba:

-Juanito, usted por aquí. No me diga que vino a trabajar, ¿se le olvidó el cambio de turno?

Explicó que simplemente iba pasando y quiso echar un vistazo. Masculló una despedida más o menos coherente y partió, rogando a Dios que el mozo no hubiese captado su turbación.

Anduvo un par de cuerdas y se metió a una fuente de soda. Un local bastante más pequeño que el bar, donde también vendían cerveza de barril. Se sentó a una mesa de un rincón y pidió una garza y un completo, pensando que sería más accesible que aquellos del sandwichero, tan descomunales que no había boca en la que cupiesen. No se equivocó, el completo resultó manejable y la cerveza estaba fría, aun cuando no habían sabido trabajarle la espuma como él lo hacía, con una espátula de madera, abriendo y cerrando la espita hasta dejar la cantidad exacta y de la consistencia precisa. En todo caso las cervezas que él preparaba se limitaba a contemplarlas, nunca bebía en el bar. Ahora, en cambio, iba a paladear esta y a disfrutar del completo.

Bebió un largo sorbo, echó atrás la cabeza y paseó la lengua por los labios, para perseguir las gotitas que quedaron en ellos. Así lo había visto hacer a Ugarte. Era agradable. Una buena cosa, la cerveza. Cuidó de comer: la vienesa, el pan, el chucrut, el tomate, la mayonesa, todo ayuda. Si no, el alcohol se va a la cabeza y uno se siente mal. A Pacheco le resultaba muy desagradable marearse con alcohol. Nunca fue bebedor. Sin embargo, ahora, después de despachar una, pidió la segunda y se consideró un poco como Ugarte. Claro que él le dijo a la camarera que le sirviera otra garza, por favor. En cambio Ugarte se limitaba a alzar el índice, cuando más decía "ponga otra, Juanito". Definitivamente Juan Pacheco no se parecía a Ugarte. Él era claro, transparente, no tenía nada que ocultar. Ugarte, en cambio, escondía un secreto inconfesable, tanto que ni siquiera se atrevía a decir su nombre de pila. Ya descubriría ese secreto. Hoy mismo, esta misma noche. Falló a las seis, pero a las nueve no fallaría. Entonces iba a saber adónde se dirigía Ugarte después del bar, lo seguiría hasta su propia casa, descubriría su secreto.

Se sorprendió riendo y la mirada insistente y burlona de la camarera le recordó la de su hermana Mercedes y lo hizo sentir ridículo. Había supuesto que sería capaz de resistir una tercera cerveza, pero los ojos de la camarera lo empujaron antes de que diera fin a la segunda. Igual que los de Mercedes.

¿Y qué haría en la calle, durante dos horas? Tenía tiempo para entrar a un cine, mas no se sentía de ánimo. Pensó leer el diario, y se dio cuenta de que lo había dejado en la fuente de soda. La camarera estaría hojeándolo y riéndose de él. Tuvo rabia consigo mismo. Bien, daría una caminata mirando las tiendas, la gente. En el bar veía siempre las mismas caras, ahora podría distraerse mirando mujeres bonitas. Sonrió. Buscó alguna, pero las mujeres pasaban demasiado de prisa, como los hombres. Notó cuanto apuro llevaban todos y se sintió extranjero, dueño de dos horas completas para no hacer nada, no ir a ninguna parte. No supo si la suya resultaba una posición favorable o incómoda. Pero no estaba contento. La prisa les restaba atractivo a las mujeres. No valía la pena mirarlas. Había pensado que podía seguir a alguna un par de cuadras, sin ánimo de abordarla, solo por el placer de sentirse siguiéndola y mirarle las pantorrillas. Pero no valía la pena ir tras una que corre, tensa, los dientes apretados, aun cuando sus rasgos fuesen regulares y sus pantorrillas, torneadas.

Así que ahí estaba, sin tener adonde ir, dueño de algo que a los demás les faltaba: su propio tiempo, por lo que debería sentirse rico, mas sin saber cómo disfrutar esa riqueza. Un auto estuvo a punto de atropellarlo. Había cruzado la calle. “Vaya -dijo-, debo ponerme serio”. Se acercó a un escaparate y, haciendo abstracción de la ropa que se ofrecía, ordenó sus ideas. Seguía siendo un enigma el lugar de donde Ugarte llegaba. ¿Habría tomado precauciones para burlar su vigilancia? ¿Cómo podía saber que lo estaría vigilando? Ugarte no tendría que haberse enterado de que Pacheco no trabajaba ese lunes. Para él tiene que haber sido una sorpresa llegar y encontrarse con el sandwichero. “¿Y qué le pasó a Juanito?”, le habrá preguntado. “Cambiamos turnos por esta vez”. Ugarte no insistiría, nunca insistía sobre ninguna cosa. Se limitaba a decir “¡Ah, ya!” y eso le bastaba. Tenía sus propias preocupaciones y nada de lo que sucediera a los demás parecía interesarle. ¿En qué consistían las preocupaciones de Ugarte? Lo sabría pronto. Ya eran las ocho y cinco.

¡Vaya precios que tiene la ropa! Se sorprendió admirándose de la carestía, en circunstancias de que conscientemente no se había interesado en la vidriera. ¿Cómo?, se dijo. Él estaba pensando en Ugarte y de alguna manera insidiosa los trajes se metieron en su cerebro. Se había descuidado. Acaso un descuido similar le impidió percatarse de la llegada de Ugarte; tal vez pasó por su lado y no lo vio, absorto en su pensamiento. Algo raro le había ocurrido y no podía volver a sucederle. No esa noche. Menos mal que se dio cuenta, para ponerse en guardia. A partir de ese momento haría un esfuerzo para que sus ideas no se confundieran y la persecución de Ugarte se viera coronada por el éxito. ¡Ah, bribón! ¡Por fin lo tenía!

Cinco minutos antes de las nueve llegó a la esquina del bar. Pensó esperar allí, a distancia prudente, ahora que ni siquiera tenía periódico para

cubrirse. ¡Qué torpeza! Debió comprar otro. A estas alturas ya no alcanzaba a hacerlo. Corría el riesgo de que Ugarte saliese mientras él iba hasta el quiosco, y no estaba dispuesto a enfrentar ningún riesgo. Al contrario, tenía que actuar con audacia. Se acercó a la puerta del bar y pegó su cuerpo al muro. Había oscurecido y estaba en una zona pobre de luz. Además, Ugarte, después de media docena de cervezas, los ojos semicerrados, debía de ver poco. No se fijaría en él, no tomaría precauciones.

Efectivamente Ugarte salió sin ninguna precaución y no miró hacia el lugar en que temblaba Juan Pacheco. Se detuvo en la puerta del bar, muy erguido. Llevó la mano al bolsillo del pantalón y sacó algo, seguramente dinero, que contó. Luego dio tres pasos y quedó al borde de la calzada. Sigiloso, Pacheco se movió, sin despegar el cuerpo del muro, hacia él. El corazón le golpeaba el pecho y sentía sus palpitaciones, dolorosamente, en la garganta. Tenía los oídos llenos de bulla, desatada por su propio corazón al bombear la sangre con tal violencia hacia el cerebro. Se deslizaba muy lento, aproximándose a Ugarte. Un tipo que iba pasando se detuvo a mirarlo, pero Pacheco no se percató. El tipo lo observó un instante, sonrió, se encogió de hombros, se llevó un dedo a la sien y siguió su camino. Ugarte permanecía inmóvil, de pie ante la calzada. “Va a cruzar”, pensó Pacheco. Y se le ocurrió que debía adelantársele, sería una excelente maniobra. Corrió hasta la otra acera. De nuevo un automóvil estuvo a punto de cogerlo. Se parapetó tras un árbol y miró a Ugarte. Lo vio estirar un brazo. Se sobresaltó. Pensó que lo apuntaba con un arma, que le iba a disparar. Comprendió la verdad cuando el taxi se detuvo junto a Ugarte y este entró. El coche se alejó suavemente.

Juan Pacheco se quedó inmóvil. Estaba vacío. Cuando reaccionó, corrió tras el taxi en que iba Ugarte. “Taxi... taxi”, gritaba, alzaba los brazos y miraba calle arriba si aparecía algún coche de alquiler. No dejaba de correr para no perder la ruta que seguía Ugarte. Un auto se detuvo a su lado. Abrió la portezuela y se lanzó adentro. “¿Dónde, señor?”, le preguntó el conductor. Descubrió que no podía hablar. La voz no le salía. El ruido crecía en su cerebro. “¡Siga a ese auto!”, gritó de súbito. El chofer se sobresaltó.

- ¿A cuál? –preguntó.

Entonces Pacheco se dio cuenta de que el taxi de Ugarte había desaparecido. Y lo ganó un abatimiento tan espantoso que no supo detener el sollozo.

- ¿Se siente mal, señor?

Abrió la portezuela. “Ya no tiene caso”, dijo. Y bajó.

El taxista asomó la cabeza por la ventanilla.

- ¿Se siente bien, señor? -insistió- ¿Desea que lo lleve a alguna parte?

-No, no. Estoy perfectamente. Caminaré.

Y empezó a andar muy apurado, lleno de la misma prisa que les reprochaba a los demás hacía unas horas.

Juan Pacheco no iba a ninguna parte.

Juan Pacheco no recibió los saludos de Ugarte porque nadie lo visitó durante la semana que permaneció en cama, presa de fiebre oscilante que le provocaba delirios y alucinaciones. Lo cuidó su hermana Mercedes. Cuando el cuadro febril declinó, Pacheco, flaco y disminuido, tropezó con la burla en los ojos de Mercedes. Ella no le dijo nada, pero su mirada le resultaba intolerable desde hacía muchos años. Al principio, no. Fueron excelentes camaradas y compartieron juntos juegos y secretos desde chicos. Al morir su madre, ya adolescentes, se unieron más y enfrentaron la dura vida de huérfanos apoyándose mutuamente. La perfecta armonía se quebró cuando surgió Abelardo, que buscó primero la amistad de Juan para después descubrir sus verdaderas intenciones. Su intención era Mercedes.

Pacheco comprendió rápido cuan siniestro resultaba Abelardo y lo tortuoso de su conducta. Alertó a Mercedes y ella se rio de él por primera vez. Abelardo sí era un hombre; Juan no se le podía comparar.

Nunca, ni siquiera cuando murió mamá, Pacheco se había sentido tan desolado. La burla de su hermana le llegó al alma y se la taladró. Sentía sangrar a su alma un líquido espeso y amargo que le brotaba por los ojos, ya diluido, en las noches, mientras daba vueltas en el lecho sin poder dormir.

Juan sabía que Abelardo no quería a su hermana, y como él la amaba verdaderamente, ansiaba para ella un novio serio, que la respetara. Mercedes se negaba a escucharlo, le replicaba que era un pobre tipo y temía que ella se fuese con Abelardo y lo dejara solo, porque no se sentía capaz de enfrentar la vida sin alguien a su lado. "Búscate una mujer -le decía-, no una hermana". Sin embargo, no se trataba de necesidad de mujer, ni siquiera de compañía, sino de un sentimiento profundo y digno que las burlas de Mercedes mancillaban.

Juan Pacheco no tenía ninguna evidencia que le permitiera confirmar sus aprensiones contra Abelardo, aun cuando estaba seguro de no equivocarse. Entonces se impuso la obligación de desenmascararlo y empezó a vivir para ello. Dejó de advertir a su hermana, pues tales advertencias no conducían a ninguna parte, y se dio a seguirlo para descubrir su verdadera estatura. A los ojos de Mercedes, él era un enano y Abelardo, un gigante. Ella y

él lo humillaban y Juan se tragaba su humillación seguro de que al fin iba a recuperar el orden natural y las cosas volverían a ser como antes.

Finalmente pudo probar que Abelardo estaba casado y tenía dos hijos y ninguna intención de dejarlos por Mercedes. Ella se rindió a la evidencia y cayó en una pena negra. Pero en lugar de agradecerle la verdad a Juan, le demostró una ira sorda que se prolongaba en el tiempo. Nunca volvieron a ser los magníficos camaradas de antes. Juan Pacheco reemplazaba aquella frustración con la certeza de su recto proceder y de haber borrado las humillaciones que Abelardo le hizo soportar mediante la humillación suprema que él le endosó frente a su esposa y a sus hijos, y frente a su hermana Mercedes. Entonces Pacheco había crecido a sus propios ojos y a los ojos de quienes hicieron escarnio de él. Abelardo tuvo que mirarlo hacia arriba, encogido en su pequeñez. Y él fue el hombre grande, de ojos llameantes y cólera santa, que golpeaba la mesa levantando una nube de terror justiciero. ¡Ah, ¡Juan Pacheco, el gran Pacheco tenía la razón!

El tenerla le sirvió de poco a los ojos de Mercedes. Esos ojos guardaron perpetuamente para Juan una chispa de burla que lo dañaba. De vuelta de la fiebre intentaba escabullirlos, pero lo perseguían.

-Deliraste -le dijo Mercedes-. ¡Las cosas que decías! -y su risa resultó tan cruel como su mirada.

Las piernas de Juan Pacheco estaban aún demasiado débiles y no le permitían escapar.

- ¿Qué dije? -preguntó.

- ¡Ugarte! -exclamó Mercedes con una carcajada interminable, mientras sus ojos lo inmovilizaban en la cama. De tanto reír, de los ojos de Mercedes empezaron a brotar lágrimas y Juan Pacheco sintió la humedad en sus mejillas. Comprendió que también bajaban lágrimas de sus ojos, pero la razón era muy diferente. Los cerró y reclinó la cabeza en los almohadones.

Ugarte... Mercedes... ¿Conocía Mercedes a Ugarte? ¿No sería Ugarte el nuevo amigo de Mercedes, junto a quien pasaba las noches que no llegaba a casa y sobre las cuales no daba ninguna explicación? Tendría que desenmascarar a Ugarte tal como lo había hecho con Abelardo. Se agigantaría frente a él y golpearía la mesa y lo vería empequeñecerse ante su superioridad de hombre justo y transparente. Él no tenía nada que ocultar. Ugarte, sí. Ugarte, como Abelardo, guardaba un secreto inconfesable que Juan Pacheco descubriría. Ugarte ni siquiera podía decir su nombre.

- ¡Ugarte! -repetía Mercedes sin dejar de reír.

Pacheco entreabrió los ojos y la vio en una nebulosa.

- ¿Lo conoces? –musitó.

- ¿A Ugarte? Tal vez. Me has hablado tanto de él.

Regresaba la carcajada y al final su voz burlona.

-Un hombre, Juan, un verdadero hombre.

Los ojos cerrados, Pacheco escuchó los pasos de Mercedes que abandonaba la habitación. Cuando volvió, le traía una taza de té y una medicina. Su mirada aún reía.

En su sueño, esa noche, surgieron Mercedes y Ugarte. Confusamente los veía huir, enlazados en una relación sucia y culpable que la proximidad de Juan Pacheco impedía. Las imágenes del sueño eran borrosas, los escenarios se esfumaban y las personas no tenían rostro, pero él sabía muy bien de quienes se trataba. Mercedes desapareció en cierto momento y solo quedó Ugarte, acorralado frente a él, descubridor de su secreto inconfesable. Ugarte se achicaba ante Pacheco, que crecía a dimensiones extraordinarias y bajaba su puño resplandeciente para aplastarlo. Ugarte desaparecía.

Despertó poseído de una sensación de triunfo y no le costó mirar a los ojos a Mercedes, mientras desayunaban.

-Te ves mejor -le dijo ella.

-Ya estoy bien -repuso. Y se le vinieron a la boca las palabras que les escuchó a los estudiantes:

-Lo que pasa es que he estado mirando las cosas desde un punto de vista más esteticista que profundo.

Rió a la par de Mercedes, igual que en los buenos tiempos.

-Iré al bar -dijo-; me siento animoso para volver al trabajo.

-Tendrás que afeitarte -dijo Mercedes-, con esa cara, espantas.

Se hizo un corte, y cuando vio la sangre -una estrella mínima- florecer en su mentón, recordó a Lucy, y en el espejo su rostro fue reemplazado por la escena del crimen: el pavor en los ojos de Lucy, la fría decisión homicida de Ugarte, y el jarro plateado absorbiendo toda la luz de la habitación, envuelta de súbito en la definitiva penumbra de la muerte.

La visión fue nada más un relámpago y regresó al espejo la pinta de sangre en su mentón y su propia risa. “¡Qué loco he estado! -pensó-, Ugarte no es capaz ni de ahogar a un gato recién nacido”. Y lo vio en su chata realidad: un borrachito insignificante, avergonzado del nombre ridículo que le endosaron sus padres (“tal vez se llama Lindorfo –imaginó– o Doromilio”), que se

sumergía en cerveza cada tarde, intentando ahogar sus complejos, después de la rutina del trabajo, posiblemente en una oficina del edificio aledaño al bar, por eso llegaba siempre puntual apenas pasadas las seis, por eso no consiguió sorprenderlo en su vigilancia en las esquinas.

Sus pies lo condujeron como saltando, casi sin tocar las baldosas, hasta la detención del ómnibus y allí, súbitamente, el entusiasmo se le desplomó: Ugarte avanzaba hacia él, desde la portada de un periódico; tenía los ojos en el suelo y las manos esposadas; un tipo lo conducía de un brazo. Juan Pacheco sintió que él no se movía, que era el diario el que se le aproximaba hasta que consiguió leer al pie de la fotografía: "Fue detenido ayer Doromilio Ugarte, ex policía que mantenía vinculaciones con una red de traficantes de cocaína, acusado de asesinar a una mujer y sepultarla en el patio de su propia casa. Detalles de la información en página 16".

El bus se detuvo, pero Juan Pacheco no hizo amago de abordarlo. Ni siquiera se percató cuando el vehículo reanudó el trayecto. El diario doblado bajo el brazo, Pacheco caminó moviendo a duras penas los pies, que difícilmente sostenían su cuerpo de plomo. A su lado se apresuraba el gentío, empujándolo en ocasiones, echándole en cara su lentitud. Pero a él no le importaba. Disponía de todo el tiempo del mundo y no iba a ninguna parte.